

comité de seguridad comience sus trabajos examinando la conducta de Roland. La Convención, dócil, suprime las oficinas de los periódicos en el ministerio de Roland.

Petion, torpe entre los torpes, cometió la imprudencia de mezclarse en la cuestión; subió á la tribuna y habló de la desconfianza que reinaba en la Asamblea.

En un instante surgen contra él innumerables acusaciones; gritos, protestas, injurias. El pobre hombre quedó como estupefacto: no sabía qué decir.

Danton tuvo piedad. Comprendió que no era aquella ocasión para dar el último golpe al viejo ídolo popular que representaba todavía en la Asamblea la época *humana* de la Revolución.

Descendió Petion de la tribuna y subió Danton, quien dijo que seguramente se habían sufrido equivocaciones y que él, Danton, no podía acusar á Petion. Jamás la unión y la paz fueron más necesarias. Nada de medidas violentas; las visitas domiciliarias propuestas por alguien, creyólas Danton inútiles. Pidió el cambio del ministerio girondino; que Roland abandonase el del Interior; por otra parte tampoco le complacía que en el ministerio formado por Jacobinos figurase Pache como ministro de la guerra. Habló expresando sus sentimientos: «Tranquilidad, fraternidad, paz, que cese la discordia interior y unámonos contra el enemigo extranjero. Que olvide cada uno sus odios y piense en la patria para darle su vida. «Danton recuerda á Lepelletier, no para llorarle: «¡Dichosa muerte!»—dijo con acento doloroso, penetrante, profundamente sincero. «¡Ah, si yo pudiera morir así!...» Con solemne silencio se escucháronse estas palabras; conmoviéronse los corazones; toda la Asamblea pensó en el porvenir y quizás todos repitieran las frases de Danton.

Una tumba cerrada es silenciosa; parece que está satisfecha del ser que lleva en sus entrañas; pero se había abierto una tumba hambrienta, exigente, sedienta...

La cal del cementerio de la Magdalena es devorante, cálida; humea, necesita mucho pasto. Luis XVI es muy poca cosa. Necesitaba nuestros grandes patriotas, nuestros primeros hombres, los héroes, los ciudadanos ilustres.

Aunque se haya abierto la tumba hemos de decir algunas palabras: hemos de juzgar el juicio del rey.

Este proceso, lo hemos dicho ya, tuvo el efecto fatal de mostrar al rey ante el pueblo rodeado de guardias, entre el aparato de la fuerza y de la violencia, hasta crear un héroe legendario cuyo nombre repetían las personas inocentes de buen corazón. Luis XVI, en Versalles, rodeado de cortesanos, de guardias, del mundo oficial, permanecía desconocido para el pueblo.

En el Temple aparece como debe ser un rey, en continua comunicación con el pueblo, comiendo, leyendo, durmiendo á los ojos de

todos, comensal, por decirlo así, del comerciante y del obrero. He aquí un rey culpable que aparece ante el pueblo con todo lo que tenía de tierno, de inocente, de respetable. Es un hombre, un padre de familia; todo se olvida. La naturaleza y la piedad desarmen á la justicia.

Al mostrar al rey, éste sufre un cambio. El pueblo hace de él un hombre. En Versalles era un ser prosaico, vulgar, bonachón, sencillote, sensible y blando de corazón, siervo de sus propias costumbres, sujeto á su familia, fanático, pero con devoción viciosa, sensual en los manjares.

Un encarcelamiento humanitario hubiera permitido al rey continuar este mismo régimen; pero se le prodigaron los insultos, llovieron ultrajes, injustos muchos, atroces y mortificantes todos, y el rey templó su alma, haciéndose fuerte en aquella adversidad. Su pesada y vulgar naturaleza se esconde tras la cortina del dolor. La resignación, la paciencia, el valor, lo ennoblecen, lo elevan; sagrado por sus infortunios, sus desgracias, resulta un personaje poético; este cambio afecta á su misma familia. ¿Quién pudo decir á la reina en el 88 que amaría á Luis XVI?

Y sin embargo, ¿el fondo del hombre había cambiado? No; nada lo indica. Ante la Convención continúa mintiendo; el nuevo santo aparece lo mismo en lo que afecta á su fondo; su doblez no le abandona; siempre es un discípulo del jesuita la Vauguyon.

En torno suyo se hace un trabajo terrible de conspiración para afirmarlo en el dogma de su poder absoluto, en la convicción profunda que él tiene de su derecho ilimitado. Muere sin tener la menor noción de sus pecados. Resulta inaudito, entre cristianos, creerse inocente y justo. ¿Qué digo? Al rey se le hace creer que es un santo, una reproducción de Jesucristo, y al aceptar esta similitud, el rey muere diciendo: «¡Beberé hasta las heces el cáliz!»

Torpe proceso que en vez de purificarlo (verdadero fin de la justicia) envía ante Dios á un hombre que necesitaba mucho tiempo para comprender y expiar sus faltas; su prisión en vez de servir como medio para comprender sus torpezas, colocando al rey en el sitio del hombre, afirma la convicción de su poder absoluto, perturbando su razón.

El resultado de su muerte en el patíbulo fué funesto. El falso mártir desposó dos *grandes mentiras*.

La *iglesia* vieja, decadente y la monarquía, abandonada por Dios desde hacía mucho tiempo, terminan esta larga lucha uniéndose, reconciliándose ante la *Pasión* de un *rey*.

La sangre de éste les da nueva vida: engendra la muerte del rey un nuevo ser, una nueva raza que pulula por Francia exprimiendo sus pechos: el mundo del error y de la mentira, un mundo de falsa poesía, una raza de sofistas impíos y desalmados.

Fuesen los que fueren los resultados del proceso del rey, han de merecer nuestro respeto profundo y eterno. No se deben juzgar por sus

frutos, si no por el espíritu noble que los inspiró. Los que juzgaron sabían demasiado cuánto les costaría su trabajo en lo porvenir. Sabían que matando al rey, se dictaban su sentencia de muerte, y así pudo decir Carnot: «¡Ningún deber me ha costado tanto!»

Pensaron estos valientes que si perdonaban en el proceso del rey el llamamiento al extranjero, la inviolabilidad de la patria sería un mito en lo sucesivo. Creyeron que no se podría arraigar la creencia de todas las naciones: la patria es sagrada y quien atente contra ella morirá.

Cuando aun no existíamos nosotros, ellos nos garantizaron el respeto á la Francia, la integridad del territorio, la religión de los límites. ¿Vivieron en el error? Nosotros, á quienes ellos pensaron salvar, no tenemos autoridad para censurarlos. ¡No, hombres heroicos! Vuestros hijos reconocidos, os tienden la mano á través del tiempo... Hasta vuestros enemigos, que son los de la Francia, han de respetar y honrar en vosotros á los vencedores, á los fundadores de la República, *su vencedor para el porvenir.*



LIBRO VI

CAPITULO PRIMERO

La unidad de la patria.—La educación.—Funerales de Lepelletier (24 de Enero de 1793)

La unanimidad de la Convención respecto á la muerte del rey.—Causa de disolución en el 93.—El problema de la unidad no se había expuesto aun seriamente.—El caracter original del 93 es la lucha del federalismo contra la unidad.—Todos en el 89 eran federalistas ó realistas.—La ley resignó toda su fuerza en las municipalidades.—Brissot federalista en el 89, en beneficio de París.—Condorcet afirma que París, el 89, es el instrumento de la unidad.—Camilo Desmoulins y Marat, el 91, hacen un llamamiento á los departamentos contra París.—La Gironda fué arrastrada por la fatalidad de su situación á un involuntario federalismo.—Se creyó entonces que la ley bastaría para crear la unidad.—La educación puede preparar la unidad.—Hermoso plan de educación de Lepelletier.—Funerales de Lepelletier (24 Enero 93).

Al día siguiente de la muerte del rey, la Convención estuvo admirable. Se creyó en un momento que iban á desaparecer los partidos. La unidad de la nación, representada desde hacía mucho tiempo por el rey, se dibujó en la Asamblea con trazos más enérgicos. A cuantos creyeran comprometida esta unidad se les podría decir: «La Francia está en mí.»

Por unanimidad, se acordaron importantes medidas para la seguridad pública. El decreto enviado á los departamentos el 21 de Enero fué así mismo votado unánimemente. Los girondinos redactaron y firmaron el decreto reclamando para sí la responsabilidad del acto que se acababa de realizar: «Este juicio—decía el decreto—pertenece á cada uno de nosotros como pertenece á la totalidad de la nación.»